



LOS
IN-
SOSPECHABLES

EL CASTILLO DE CENA

SEGUIDO DE:

EL CASTILLO DE FUERA

ULTRAJE DE LAS PALABRAS

LA PORNOGRAFÍA



LOS
IN-
SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES
Tres laboratorio visual | Jorge Brozon Vallejo

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
Le château de Cène, 1969
Le château de Hors
L'outrage aux mots, 1975
La pornographie, 1970-1984

© ÉDITIONS GALLIMARD
5 Rue Gaston Gallimard, 75328, Paris, France

D.R. © TRADUCCIÓN: Arturo Vázquez Barrón

Co edición UNAM-Dirección de Literatura | Vanilla planifolia

D.R. © 2015, Vanilla planifolia, S.A. de C.V.
ISBN:

D.R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México
Dirección de Literatura
ISBN:

www.vanillaplanifolia.com | info@vanillaplanifolia.net

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación de la Embajada de Francia en México / IFAL y del Institute Français.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

EL CASTILLO DE CENA

SEGUIDO DE

EL CASTILLO DE FUERA

ULTRAJE DE LAS PALABRAS

LA PORNOGRAFÍA

BERNARD NOËL

TRADUCCIÓN | ARTURO VÁZQUEZ BARRÓN

ÍNDICE

EL CASTILLO DE CENA

CAPÍTULO PRIMERO	11
CAPÍTULO SEGUNDO	33
CAPÍTULO TERCERO	44
CAPÍTULO CUARTO	55
CAPÍTULO QUINTO	66
CAPÍTULO SEXTO	88
CAPÍTULO SÉPTIMO	99
CAPÍTULO OCTAVO	100
CAPÍTULO NOVENO	102
CAPÍTULO DÉCIMO	132
CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO	122

EL CASTILLO DE FUERA	122
CARTA A B. R.	122
ULTRAJE A LAS PALABRAS	777
LA PORNOGRAFÍA	777

A Pierre Morion

EL CASTILLO DE CENA

Y la diosa me recibió benévola, cogió mi mano
derecha con la suya y me habló con estas palabras:
“Oh joven, compañero de inmortales aurigas,
que llegas a nuestra morada con las yeguas
que te transportan, salve, pues no es mal hado
el que te impulsó a seguir este camino,
que está fuera del trillado sendero de los hombres,
sino el derecho y la justicia.

Es preciso que te aprendas todo,
tanto el imperturbable corazón de la Verdad bien redonda,
como las opiniones de los mortales,
en las que no hay verdadera creencia.

Sin embargo aprenderás también cómo lo que se cree
debería ser aceptable, porque penetra totalmente
todas las cosas”

PARMÉNIDES

CAPÍTULO PRIMERO

LA LUNA EMERGÍA DEL MAR: ERA LA LUNA VIEJA QUE LA BRUMA vestía mitad de seda negra y mitad de blanco. Me acuerdo. Íbamos entrando al puerto y alguien dijo:

—Diana sigue siendo viuda, y a sus devotos les cuesta trabajo honrar a veces a la fiel y a veces a la cambiante.

Me acuerdo. Una luz fría bañaba la cima de la colina, que corona a la ciudad. Todas las miradas estaban puestas ahí, y quizá nadie vio el brusco y pasajero desdoblamiento de la cara del disco, y cómo la sonrisa transparente de Diana reveló la risa negra de Hécate. Allá arriba, las casas blancas eran dientes.

Al día siguiente, dejé la ciudad y caminé hacia el desierto, que ocupa el centro y el este de la isla. Esperaba encontrar ahí uno de los vestigios que ponen en duda a la ciencia y no hablan sino a la imaginación —vestigios frecuentes en ese archipiélago del Atlántico Sur, cuyo poblamiento escapa a la historia. De hecho para mí no se trataba sino de ir hasta el final de mi memoria: soñaba con el huevo blanco del desierto al pie del cual la sombra es salada como la soledad. Y además, al final de tantos días de marcha, percibí, muy cerca del otro mar, un conjunto de casas que los mapas no mencionan.

Este pueblo está construido sobre las laderas de un anfiteatro cuyas escarpaduras rocosas lo ocultaban a los corsarios. Una sola pancarta de madera, clavada en el pilar sagrado que marcaba la frontera del lado de las alturas, indica el nombre de este lugar apartado —nombre grabado profundamente con hierro: *Matopecado*.

Entablar conocimiento con los indígenas es bastante difícil: lo reciben a uno, lo observan, le hablan, pero casi no aceptan que se acorte la distancia. Sin embargo, mi naturaleza

ha de haberlos convencido de mis buenas intenciones, y cuando caía la noche ya era inquilino de una casa, o más bien de una habitación larga y baja cuyos muros parecían estar tallados en la roca misma, y cuyo techo de piedras planas no se diferenciaba mucho de la negrura del acantilado. Tenía ahí simplemente una mesa y una cama, pero la eternidad hervía en el fondo del cielo, y el manantial era fresco.

Los pescadores aceptaron pronto verme compartir sus expediciones nocturnas, y aprendí a saborear en silencio el vino agrio de los volcanes que conservaban fresco en las olas. Me acuerdo. A veces iba a la montaña cuando la luz está al ras de las piedras y sus rayos parecen jalar, como una red, la superficie del mar; iba a cazar, y mi caza hacía surgir una sonrisa amistosa en el rostro de los hombres de la pesca. Y bebíamos alrededor de las fogatas hasta que las brazas y la luna se pusieran negras. Y la parte de sombra, que nos hacía seguir siendo extraños unos con otros, se diluía entonces en la gran noche elemental.

Sin embargo, ocurría a veces que los menos huraños me evitaran ciertos días, y regresaba entonces a mi casa muy decidido a no lastimar en nada su alejamiento. Uno de sus viejos me había dicho:

—No hay nada que aprender: sólo hay que acechar y crecer.

Una noche, en la que el mismo estado de ánimo me había obligado a retirarme, oí de pronto una música cuya extrañeza misma de inmediato me pareció un llamado. Seguí la calle transversal y llegué a la escarpadura que me escondía el mar. La música provenía de arriba: de una gran terraza entre los alcornoces. Y ahí, formando un círculo, todo el pueblo estaba reunido. (No noté primero que la muchedumbre formaba en realidad dos semicírculos que oponían a hombres y mujeres.) El océano, al pie del acantilado, parecía una llanura de metal.

La música provenía del grupo de ancianos, que ocupaba el centro del semicírculo de los hombres. Los instrumentos no eran sino grandes caracolas en las que habían tensado

cuerdas o pieles. De vez en cuando, una flauta les respondía del lado de las mujeres. Cuando aparecí, hubo un flotamiento, como si fueran pasando un soplo de espera, luego uno de angustia, luego de curiosidad. Por un instante, algo en mi cuerpo percibió un peligro, pero en cuanto me di cuenta la cosa ya había pasado. Un anciano me indicó mi lugar, y de inmediato fui a ponerme en cuclillas entre los jóvenes, que componían una de las extremidades del creciente masculino, y que se hicieron a un lado para recibirme.

¿Cómo describir el ritmo al que obedecía la asamblea ya que me sometí a él instintivamente? O más bien no. Me acuerdo. Había en el fondo de mí como un mar de sombra, de donde la música sacaba una marea, que levantaba a veces mis miembros, a veces mi lengua o mi cuerpo entero. Estaba yo muy lejos o muy profundo, ahí donde la costumbre ya no es sino una piel muerta, caída desde hace mucho, y donde el cuerpo vuelve a encontrar el contacto con la raza única.

Primero, solo hubo esa música: carnal, insinuante, y que me atravesaba hasta los huesos —música que surgía de aquellas grandes calabazas marinas, a veces en redobles, a veces en crujidos. La flauta respondía con gritos desgarradores, siempre inesperados, y que hacían estremecerse a toda la asistencia. No se trataba de escuchar, mucho menos de observar, sino solo de dejarse caer en uno mismo: de ser el mar profundo de donde el grito arranca bruscamente un chisguete de vida.

¿En qué momento prendieron la hoguera? ¿Y por qué? No lo sé. Ya mis movimientos no me pertenecían; ya mis manos temblaban y se movían alrededor de mis hombros, arriba de mis sienas. La noche enrojeció. Todas las manos de los hombres bailaban igual que las mías, mientras que las mujeres permanecían inmóviles, fijas como estatuas blancas. La noche enrojeció más arriba. Los gritos de la flauta se hicieron más frecuentes, más agudos. El baile de nuestras manos se aceleró. Un silbido surgió de mi garganta —de nuestras gargantas—, y me sentí levantado por el soplo que, muy profundamente, se apoyaba en el vientre y armaba mi cuerpo.

Un nuevo grito, y de cada extremidad del creciente femenino dos jóvenes avanzaron. En un primer momento, no fueron sino dos formas abalanzadas entre las llamas rojas: dos formas que se retorcían en el crepitar de las agujas de pino y el vuelo de las chispas. El jadeo de nuestras gargantas se aceleró en medio del redoble sordo de las conchas de música; nuestras manos se volvieron más rápidas y nuestros bustos, lentamente, fueron de derecha a izquierda, de izquierda a derecha.

Las jóvenes, ahora, golpeaban el suelo con los talones; sus hombros, todavía inmóviles, dominados por lo abrupto del mentón agarrotado. El fuego subía a medida que aumentaba la velocidad de los talones, pero, de repente, un grito congeló toda la escena, y nuestras manos se quedaron extendidas.

En el brusco silencio, un anciano se levantó y, con la cabeza volteada hacia el este, empezó a salmodiar una letanía de la que no recuerdo nada. A mi alrededor, sentía vibrar los cuerpos al viento de las palabras; y yo que no sabía, vibraba también con esa melopea que me alteraba los nervios no sin placer. Cuando se detuvo la voz, la noche puso por encima de nosotros una suave presencia, que un grito lanzado por todas las mujeres desgarró casi de inmediato. El anciano lanzó sobre la hoguera un puñado de sal, luego un manojo nuevo de ramas de eucalipto, y mientras las llamas lamían crepitando la llaga abierta en la noche por su propia emanación, una mujer emergió del robledal. Estaba desnuda.

Bella a morir: ¿alguien alguna vez le ha arrancado a usted estas palabras? Lo absoluto caminaba hacia nosotros envuelto en una cabellera pelirroja; tenía un rostro que despertaba a los dioses y unos senos que ponían inteligencia en nuestras manos. El triángulo rizado era el punto de gravedad de aquel cuerpo, que cada paso volvía más admirable, porque su andar acentuaba su gracia haciéndola coincidir con el aire, con la noche. La belleza en este grado es al mismo tiempo tan viva y tan entera que se propaga: de pronto el mundo cambia, o bien el ojo ve el fondo, y la armonía ya no es una palabra.

La que iba llegando dio la vuelta a la hoguera, nimbándose con un rubor que volvía más perturbadores el arco de la espalda y el globo floreciente de las nalgas, bajo el cual se podían adivinar algunos rizos. Luego, con la misma gracia ligera de antes, llegó, al otro lado del punto por el que había hecho su entrada, al espacio donde, hacia el oeste, el semicírculo de los hombres se unía con el de las mujeres. Se sentó un poco adelante de aquel lugar donde se formaba la ronda, y las dos jóvenes que habían bailado vinieron a colocarse a cada lado de ella.

La música volvió a empezar: sorda, grave, haciendo vibrar roncós estertores, y la angustia, de pronto, se volvió insoportable. Mi mirada acababa de invertirse, perforando la cabeza, perforando el cuerpo, vaciándome la médula de la espalda, y la noche se hundía por ese hoyo, y tenía yo miedo de la catarata de imágenes que, siguiendo el oleaje de las tinieblas, bajaba rápidamente la pendiente de mis huesos y me llenaba con un torbellino. Tantos rostros, tantos movimientos: peces ahogados mostrando el vientre al paso del tiempo. Y la muerte —la muerte, allá, bajo el arco...

La flauta lanzó un grito terrible; mis ojos volvieron a ver la noche tropical, y me puse de pie antes de habérselo pedido a mi cuerpo: la mano de la Belleza acababa de extenderse en mi dirección. El anciano que, momentos antes, había hablado se me acercó: —¿Has querido ser de los nuestros? dijo.

Asentí.

—Has querido ser de los nuestros, y ella te señaló.

Su mirada refulgió.

—Ella te señaló... ¿Entiendes?

Quedé petrificado. Miedo, asombro, interrogación, turbación, perplejidad, esperanza, espera, no sé. El anciano volvió a gritar:

—Ella te señaló.

La asamblea rompió su círculo y todos los del pueblo, uno a uno, vinieron rápidamente a examinarme. Sus ojos, sin embargo, no reflejaban curiosidad alguna, nada más que

una oscura decisión a la que yo asociaba dos palabras contradictorias al percibir en ella una bondad inexorable.

La Belleza no se movió, ni sus damas durante el movimiento general de los demás.

Cuando el desfile hubo terminado, hombres y mujeres se acomodaron frente a frente en dos hileras. Luego habló el anciano:

—Quien cree obedecer a su propio deseo no obedece más que al deseo, mediante él, de la especie. Hay que despojar al yo; hay que poner al desnudo el impulso de la especie.

Me señaló y prosiguió:

—Esto es Su cuerpo-el cuerpo de Su deseo.

Luego dirigiéndose solo a mí:

—La noche nueva va a suceder a la noche antigua, el mes nuevo va a echar al mes antiguo... Eres el cuerpo, vas a casarte con la luna nueva.

Dos hombres salieron de la noche, con los brazos cargados de vergas que dispusieron en dos montones bien separados cerca de la hoguera. Los músicos fueron a dejar sus instrumentos a orillas del bosque sobre zarzos de hojas. El anciano hizo un ademán a las mujeres, y tres de ellas, las más viejas, vinieron hacia mí. De inmediato, empezaron a desvestirme, y yo, con la mente paralizada, miraba lo que hacían como si me hubiera convertido, ya, en otro.

Con precaución, liberaron mi sexo, y cuando este apareció, la flauta desgarró el aire con gritos agudos.

Las damas se levantaron entonces; dieron la vuelta a la fogata, se acercaron, levantaron sus chorreantes cabelleras y vinieron a bañar mis hombros y mi vientre, largo rato. Después, una de ellas se arrodilló, y su lengua, buscando el trayecto de mis nervios, hizo surgir bajo mi piel, que se había vuelto transparente, un árbol en carne viva. Luego, en el instante mismo en que la violencia de la caricia arqueaba mi cuerpo, la joven dama se zafó de repente y huyó hacia el bosque. Estuve a punto de seguirla pero una mirada del anciano me clavó en mi lugar:

—Lo que pasó ya pasó, dijo.

Hizo un ademán, y todos los miembros de la asistencia fueron a tomar una verga en las gavillas colocadas cerca de la hoguera: las mujeres en una y los hombres en otra. Después, cada quien retomó su lugar, y las dos hileras se volvieron a formar.

Tres ancianos vinieron entonces a flanquear a la dama, que, cerca de mí, había permanecido inactiva; a un nuevo ademán del que dirigía la ceremonia, empezaron a desvestir su cuerpo grácil, cuya palidez empañaba la gracia.

—La luna nueva es virgen, declaró uno de los desnudadores apuntando un índice estúpido hacia el pubis descubierto, mientras que dos acólitos soltaban una risa que se fue intensificando hasta que el que dirigía la cortó como con un calderón. La luna nueva es tímida, añadió mientras la joven dama huía poniendo en la parte superior de sus muslos una mano torpe.

A una orden, regresó a colocarse entre los tres ancianos, que la llevaron a una de las extremidades del doble cordón de hombres y mujeres, mientras el que dirigía me llevaba al otro lado diciendo:

—Vas a ir hacia la luna nueva, pero cuidado: la hora es más larga de lo que piensas. La hora no nos obedece. Hay que atravesarla con paciencia. Si corres, el tiempo que contiene huirá, y no lo volverás a encontrar jamás. Ni a ti mismo.

Quería entender. Entendía. Me veía entender. La forma blanca de la dama se encontraba recostada a unos cincuenta metros frente a mí, al final de la doble hilera de hombres y de mujeres. Mi suerte ya no me planteaba problema alguno: atravesaría el tiempo.

Un primer paso me llevó hacia adelante; de inmediato, de cada lado, las vergas me fustigaron. Mi cuerpo se crispó, quiso saltar: lo contuve y di otro paso. Vinieron más golpes. Veía yo las dos largas filas humanas ondular frente a mí: eran dos filas de movimientos sin rostro entre los cuales el aire se mezclaba. Y, paso a paso, avanzaba yo en aquella bruma silbante. Las vergas flexibles con cada golpe envolvían mis curvas y encendían en ellas largas quemaduras. Un

sudor frío me escurría sin embargo a lo largo de la espalda. Extrañamente, ya no veía nada porque mi mirada, que acaba de estallar hacia adentro, dejaba en mi cuerpo un ancho reguero de oro al final del cual mi sexo estaba floreciente: toda mi facultad de ver se erectaba majestuosamente arriba de mis huevos abultados; y yo cargaba aquello delante de mí, lo llevaba triunfalmente con los varazos que, cada vez más precisos, mordían mi carne alrededor del miembro tieso, y a veces lo arrebolaban con un golpe seco. Ese brazo terrible, que emergía de mí, me jalaba hacia adelante con una fuerza irresistible y segura. Entonces, mientras mi sangre empezaba a escurrir en gruesos chorros, vi mi mirada interior cubrirse de rojo –de espesas nubes rojas, y la tierra tembló, y sentí la desnudez de mis huesos.

En un destello, me pareció que la distancia que faltaba llegaba a su fin, pero los golpes redoblaron, y ya no supe nada. Traté de ir hacia atrás en mis recuerdos; traté de fijar en mí una imagen precisa, pero parecía que mi cuerpo perdía, y que mi vida entera se escapaba. Me acuerdo. Una mañana de infancia se me escurrió de pronto en la garganta. El olor a hierba me embriagó, un segundo, y el piar de un gorrión que criaba a escondidas en el granero. Y luego, los golpes recogieron todo aquello, y no quedó más que el dolor –el dolor de saber que no acababa yo de acabar: llaga siempre viva pero que los golpes en otras partes avivaban todavía más que en su directa herida.

Y luego, muy bruscamente, todo cambió, porque recordé que, por anticipado, había aceptado lo que me estaba ocurriendo –y todo lo que me podía ocurrir. Entonces, fui al encuentro de los golpes con la voluntad de agotar lo posible, y el fuego que encendían sobre mi piel lo hice mi fuerza. Y todo ardió, porque estaba yo roto de todas partes: mis nalgas, mi vientre y mi pecho estaban carcomidos, penetrados, escarbados. Ya no tenía piel. Me habían llevado al límite de mí mismo. Asistía a mi fin, pues era necesario que, también yo, me volviera nuevo. Lo que me rompía me remodelaba, y el dolor se metamorfoseaba en amor. Me gustaba, me

gustaba la noche nueva y la luna creciente y el estremecimiento de mi gran árbol de hueso. En él, como hiedra blanquísima, mis nervios temblaban al soplo de la cazadora, cuya presencia tan próxima ahora adivinaba. En el instante en que se volteó la flama, la otra flama se encendió, y la muerte me abrió los ojos.

Había un silencio palpable. Frente a mí estaba la luna virgen, cuya palidez marcada de negro se descuartizaba. La flauta gritó; recobré el aliento. Mi sexo se tendió hacia su blanco, que la sombra del vello volvía igual al alma de la noche, y a mi pesar grité, porque en ese instante el eje del mundo me atravesó.

Un salto, entonces, me aventó hacia la luna nueva. Mi sexo se hundió en la humedad de sus labios, mis manos tomaron sus senos, mi boca su boca, y empezamos a caer a través de la noche, mientras mi tronco de carne recibía un homenaje de sangre virgen, que humeó sobre mis huevos. Mi sexo, habiendo forzado la entrada, corría entre las paredes palpitantes para alcanzar el fondo de la suave funda. Hacían un círculo a nuestro alrededor; estaban suspendidos al ritmo de nuestro aliento. Piel con piel, me iba adhiriendo a la luna nueva, la fecundaba con el mantillo parduzco de mis heridas mientras su sangre nueva aceitaba nuestro encuentro. De vez en cuando, retiraba mi sexo rojo para que lo vieran sobresalir de entre nuestras piernas, luego abalanzarse, volver a salir y abalanzarse de nuevo. La noche, en la que nos hundíamos, enganchaba a nuestros huesos misterios que el viento de nuestra carrera bastaba para resolver. Hubo como un hoyo de aire, una caída en la caída, pero en ese instante, sentí que me llevaban; unas manos me habían cogido de los hombros y de las piernas, y me arrancaron. Por último, me voltearon, y levantado en brazos, vi el cielo contra mí y la leche de mi semen brotó, por lo que la luna nueva pudo deslizarse hacia la cima de la noche y abrir en ella un hoyo dorado.

—*Matopecado*, gritó la muchedumbre.

EL CASTILLO DE CENA

Se terminó de imprimir el mes de noviembre de 2015, en los talleres de AVZA DIGITAL, ubicados en Ignacio Allende 105, colonia Guadalupe del Moral, de la Delagación Iztapalapa, C.P. 09300 en la Ciudad de México. El tiraje fue de 1,000 ejemplares que se imprimieron en papel Cultural ahuesado de 90 g/m² a una tinta y cartulina Domtar Lynx Opaque de 270 g/m² para los forros en tres tintas directas.

Para su composición se utilizó la familia SABON (nombre que se debe a Jacques Sabon, fundidor francés que trabajó en Frankfurt con matrices originales de Garamond), diseñada por Jan Tschichold en 1967 para D. Stempel Linotype GmbH und Monotype y Gotham diseñada por Jonathan Hoefler & Tobias Frere-Jones en 2000.

El diseño de portada e interiores fue realizado por Tres laboratorio visual (Jorge Alfonso Brozon Vallejo) y el cuidado de edición estuvo a cargo de Rodrigo Fernández de Gortari.

CIUDAD DE MÉXICO, MMXV